



Memorias de los desmemoriados

Compilación de Relatos
Taller de Escritura Creativa

BIBLIOTECAS
Puente Alto

GOBIERNO COMUNAL

Memorias de los desmemoriados

Compilación de Relatos

Taller de Escritura Creativa

Serie Relatos Puentealtinos

2018

Centro Bibliotecario de la Corporación Municipal de Puente Alto

Memorias de los desmemoriados
Compilación de Relatos
Taller de Escritura Creativa (2017)
Corporación Municipal de Puente Alto
Centro Bibliotecario
N°1 - Serie Relatos Puentealtinos
Abril de 2018

www.cmpuentealto.cl
www.centrobibliotecario.cl

Fotografía de la portada: Plantación de árboles Población Maipo
(c.1940).Familia Curiornte Silva. Archivo Puente Alto Siglo XX.

Este libro digital ha sido elaborado por
el Centro Bibliotecario
con fines educativos, culturales
y de difusión del patrimonio literario de Puente Alto

.

Índice

01. **Encuentro** * *Eric Soto Lavín*
02. **Conversaciones de una mujer con dolor de
cabeza** * *Nancy Olivero León*
03. **Vorágine** * *Nancy Hernández*
04. **El trasplante de cabeza** * *Gloria Cordero Valle*
05. **El Rito** * *Ingrid Del Canto*
06. **Rumbo a Loma Verde** * *Washington Aedo Sandoval*
07. **Cenizas** * *Elizabeth Carriço Catalán*
08. **Algunas urgencias** * *Abelardo Abumada Varas*

Prólogo

Memorias de los desmemoriados es una compilación de relatos creados en el “Taller de Escritura Creativa: Memorias”, realizado en el Centro Bibliotecario de Puente Alto durante el año 2017

Sus ocho autores los escribieron basándose en recuerdos de sus vidas, y experiencias personales que, a través de un proceso creativo y por medio de actividades teóricas y prácticas, ampliaron sus referentes y fueron decantando en estas historias que transitan sin límites claros entre la realidad y la ficción.

El Taller de Escritura Creativa fue dirigido por Daniel Aguirre Navarro, quien abordó con los vecinos de Puente Alto que participaron en él, distintos enfoques de la escritura: géneros literarios, capacidades expresivas, voces de narradores, ética y estética del relato, atmosfera en la literatura y realizó ejercicios basados en la experiencias de Gianni Rodari en su libro “Gramática de la fantasía”, y prácticas de la agrupación de escritores OULIPO.

En esta compilación de relatos se pueden apreciar distintos tipos de estilos narrativos que responden a las particulares vivencias y personalidades de sus autores. Algunos son más cercanos al cuento, otros al relato testimonial, y otros al monólogo.

“Memoria de los desmemoriados” es parte del patrimonio literario de Puente Alto, que revive gracias a sus vecinos y se preserva y difunde a través de esta publicación que es la primera en la Serie Relatos Puentealtinos del Centro Bibliotecario de Puente Alto.

Relato.01

Encuentro

Eric Soto Lavín

Después de una intensa e infructuosa tarde de estudios con mis compañeros, aquella noche regresaba a mi casa desde la universidad. Estaba oscuro y frío, quizás algo seco, tal como a veces ocurre a finales del otoño. El invierno se acercaba con lentitud durante ese año y nada, absolutamente nada, hacía presagiar lo que más tarde ocurriría.

Como era ya mi costumbre en aquel tiempo, acaso recordando todas las cosas que habían ocurrido durante ese día en particular, caminaba un poco abstraído de mi entorno más inmediato... pensando en la vida, en el universo y en cómo me iría durante ese semestre académico que, en estricto rigor, se veía bastante peludo.

En algún momento de la recta final, una sensación inefable se apoderó de mis sentidos y observé por vez primera mi entorno, inmerso dentro de una ruta que ya conocía de memoria y que siempre recorría sin mirarla siquiera: estaba absolutamente solo; y en esta aparente soledad, todo se reflejaba en el más ominoso silencio desde donde, agazapadas e insensibles, incontables sombras parecían acecharme y dispuestas a brincar sobre mí en cualquier momento.

Además, según mi relativa percepción, en aquel instante el frío se intensificó todavía más... mucho más, aunque, por suerte, ya me encontraba a pocos pasos del calor hogareño.

Sin embargo, un par de metros más adelante, cuando un ligero escalofrío hizo que mi piel se volviera de gallina, advertí un pequeño grupo de personas que me adelantaba por medio centenar de metros... uno que no había vislumbrado segundos previos.

A simple vista, parecían ser los miembros de una familia bien acomodada cuyos elegantes ropajes los encontré, durante un breve lapso, un poco incongruentes en aquel momento y lugar. Empero, en aquellos años, poco antes de la llegada masiva de nuevos habitantes, todavía era relativamente seguro caminar de noche por aquel sector de nuestra comuna.

Y digo un breve lapso porque, casi en forma inmediata, mis ojos se centraron en el integrante más cercano y también el más pequeño de aquel grupo, esforzándose por seguir el ritmo de los demás.

¿Qué es eso?, me pregunté. Dejé de enfocar al grupo como una entidad indivisible. Eran dos adultos muy altos cuya edad frisaría los cuarenta años, acompañados un poco más atrás de una pareja de adolescentes que cuchicheaban entre sí; y, a tan sólo unos cinco pasos de estos últimos y apresurando el paso de vez en cuando en forma casi humorística, el quinto integrante. El más extraño de todos, tanto por su fisonomía como por su oscura «vestimenta».

¿Será posible?

Una extraña sospecha había comenzado a rondar al interior de mi mente. La respuesta la tenía ante mis ojos, pero mi porfiado cerebro se negaba a reconocerla. Por lo mismo, aunque me sentía más cansado que un esclavo egipcio, aceleré un poco mis pasos e intenté alcanzarlos para despejar mis dudas.

Entonces, cuando me hallaba a unos diez metros del último integrante, advertí que éste era en realidad un pingüino, uno de carne y huesos que, excepto por su curiosa obsesión chaplinesca por apresurarse, caminaba muy suelto de cuerpo casi en pleno centro de Puente Alto.

Y mi espontánea reacción, acaso una suerte de catarsis, no se hizo esperar, comenzando de inmediato a caminar mucho más lento a fin de recuperar poco a poco el aliento. Sin embargo, justo me encontraba en la entrada de mi pasaje y, quizás como un reflejo condicionado, ingresé a éste.

No obstante, en el preciso momento en que me desentendí del peculiar plumífero y cambié de rumbo, advertí una vez más aquella extraña sensación que segundos previos había erizado mi piel y me detuve en seco.

Por lo mismo, pensando en aquella extraña sensación y al sentirme de nuevo en la seguridad de mi barrio, mi cerebro comenzó a razonar con mayor claridad, dándome cuenta de un hecho puntual todavía más curioso: a pesar de que los adultos no conversaban abiertamente entre sí ni

con los muchachos, ninguno de ellos, de los cinco en realidad, había advertido mi presencia. Y eso ya era extraño, demasiado extraño.

Por otra parte, aunque nunca había visto un pingüino *en vivo*, ni siquiera en mis pocas idas al zoológico de cuando era todavía pequeño, recordé que éste iba tiritando... y eso también me pareció extraño, de cierto modo incongruente, porque desde siempre los había asociado a climas muy fríos.

Entonces, para no quedar con más dudas en mi mente, me devolví algunos pasos a fin de llegar nuevamente hasta la calle secundaria y observé hacia el oriente: estaba totalmente desierta y, a excepción de una luminaria de mercurio que parpadeaba, no se escuchaba rumor alguno en las cercanías... ni siquiera el molesto zumbido del transformador que había en dicha esquina.

Por lo mismo, ante la imposibilidad de confirmar lo que recién había observado sin ir más lejos, no me quedó más alternativa que reanudar el trunco camino a casa. Además, en esta última ocasión, tampoco logré advertir una vez aquel extraño cosquilleo en mi piel.

Y aún debía estudiar durante esa noche para el control de Mecánica I del siguiente sábado, el curso *coladero* por antonomasia del tercer semestre de ingeniería. Era un semestre en verdad difícil. Y durante esa noche el pingüino apareció más de una vez revoloteando como una inefable señal entre mis pensamientos más inmediatos.

Una señal... pero ¿de qué?

Quizás debido a un simple azar del destino, de esos que siempre ocurren sin que apenas nos demos cuenta, me había deslizado a través de una grieta en el entramado de la continuidad del espacio-tiempo, presenciando una pretérita escena acaecida en dicho lugar... o incluso ser partícipe pasivo de una realidad alterna. Algunas veces todo es posible si uno deja de pensar en forma bidimensional y en que el tiempo fluye solamente en un sentido único. Pero algo en mi interior me aseguraba que este no había sido un encuentro al azar.

Dos meses más tarde el curso de Mecánica se convirtió en el primer escollo importante en mi carrera, en uno de esos que atrasan y que después se reflejan en la onerosa cuenta del crédito universitario. Por lo mismo, desde aquella época y quizás de forma inconsciente, comencé a regresar más temprano a mi casa y así evitar los atardeceres en sepia y los anocheceres en gris, las sombras al fin y al cabo, dando más color y vitalidad a mi entorno y espíritu... la única forma de escapar de aquella vorágine que me acosaba.

Además, acaso como un mecanismo de defensa, aquel episodio quedó muy pronto escondido entre los intrincados pliegues de mi cerebro y sólo se reactivó cuando, una veintena de años más tarde escuché de la efímera existencia de Carlitos, el pequeño y desgredado pingüino que, junto a una caterva variopinta de niños, a menudo chapoteaba en la pileta de la antigua plaza de armas de nuestra ciudad, a mediados de los años sesenta o principios de los setenta... y una extraña e inefable

sensación se enquistó una vez más en las paredes de mi estómago.

Aunque no podría asegurar que se trataba del mismo plumífero... pues, según la información oficiosa que más tarde logré recopilar, Carlitos habría muerto atropellado por un *micrero* —incluso con cierta alevosía por parte de este último—, mucho antes de mi llegada a Puente Alto. Sin embargo, aquel pretérito incidente me dio pábulo para sostener con más fuerza la hipótesis de la fisura espaciotemporal ya descrita.

Y esta última fue la réplica definitiva de la señal, la que marcó un antes y un después; pues, por aquella misma época, comencé a ver pingüinos en todas partes, muchos de ellos... ¡miles!, ora marchando todos uniformados, ora enfrentándose con inusual efervescencia a la autoridad entonces vigente, luciendo pancartas, colocando lienzos, destrozando pupitres, armando barricadas, exigiendo lo uno y lo otro, organizándose y por último haciendo de las suyas en su propia e iterativa revolución que, al igual que muchas otras iniciativas surgidas desde los cimientos mismos de nuestra sociedad y gracias también a la influencia tácita de los consabidos poderes fácticos, fue atenuándose poco a poco hasta desaparecer, entre las frágiles arenas del tiempo, sin conseguir absolutamente nada.



Relato.02

Conversaciones de una mujer con dolor de cabeza

Nancy Olivero León

A sí como le cuento comadre, dijo Irene acomodándose el teléfono en la oreja, el momento fue complicado, los médicos muy serios al otro lado del escritorio, mi vecino que me acompañaba mudo, y yo nerviosa sentada en el borde de la silla, tratando de entender lo que los doctores decían, hasta que mencionaron las palabras “operación” y “tumor cerebral maligno”, ahí no más me vino una tembladera, sentí algo caliente que corría por mis piernas, me hicieron *chiliinnnn* los oídos, vi todo negro y no supe más.

Imáginese, ¡me llegué a mear del susto!

Ya en mi casa mi vecino se anduvo enojando porque le mojé el asiento del taxi, se fue rapidito y me dejó sola con el medio problema, le digo que no he podido ni dormir. Mire, la cosa es que si no me opero, me muero, y si me opero lo mismo, solo con poquísimas posibilidades de recuperarme. Y aquí estoy, con la guata apretada, sin saber qué hacer. Sabe, en momentos como este desearía contar con familia que me ayudara a tomar las decisiones.

Alooo, hola comadre.... ya han pasado varios días y tengo la cabeza caliente de tanto pensar, tengo susto... tengo rabia de que esto me haya pasado a mí, Ud. me conoce, soy una buena persona, tranquila, respetuosa, tan creyente que me ha faltado solo el hábito para ser monja, por eso que no entiendo porque mi Diosito me manda este castigo, a veces siento ganas de mandar todo a la mierda y tomar veneno para ratones y no saber más nada. Y al rato pienso... ¿y si tengo posibilidades de mejorarme?

Hola Buenos días, si, ya estoy un poco más tranquila, sabe he decidido operarme, y como hay tantas posibilidades de morir decidí dejar todo en orden, así que en los días que estoy mejor viera usted que he estado ocupada ordenando todos los papeles importantes, y haciendo una lista de las cosas de más valor y a quien se las dejo, aprovecho de preguntarle... ¿le gustaría quedarse con la máquina de coser?

...

Y como no quiero dejarle cachos a nadie, también anduve por las funerarias, porque dejaré elegido y pagado el servicio ¡viera los diablos como engañan a la gente!, revisé las urnas en detalle y aunque me pusieron mala cara fíjese que debajo de los rasos blancos con que las cubren el interior de los cajones, la mayoría son de madera de embalajes y afirmados con corchetes. Los malvados se aprovechan de que con la angustia los deudos no revisan los ataúdes. Dese cuenta Ud. como lucran con la muerte. Al final sin mucho entusiasmo me decidí por una urna de madera sólida y sencilla y le confieso que me da una rabia

de saber cómo voy a estar cuando la usé. También dejé lista la ropita con que me tienen que vestir, esa túnica blanca que me es tan cómoda y el escapulario que siempre llevo al cuello, eso sí no quiero ir en pelotas por abajo así que me pongan la ropa interior de algodón *Chiteco* que he usado desde niña, y en los pies mis calcetas *chilotas* porque siempre los tengo helados... bueno, en ese momento con mayor razón. El velorio que sea acá en mi casa en la terraza, cerca de mis plantas, mi perro y mi gato, y de quien me quiera acompañar, ah! y ya hablé con el Curita para que me tire un Responso.

Disculpe la lata, pero como usted sabe no tengo con quien conversar, fíjese que ayer fui al campo, a visitar la sepultura de mis padres y a contarle que pronto los acompañaré. Me gusta pensar que estaré en ese tranquilo lugar, en que no se camina sobre las tumbas, en que todo el año florece el rosal que planté con mis propias manos, al lado de la vieja acacia que perfuma en primavera y sombrea en verano. Además, le pagué por 3 años al caballero que mantiene en orden la sepultura, igual tengo claro que el muy fresco apenas me ve llega, va de carrera a limpiar y a regar, porque no lo hace nunca. Bueno que se le va a hacer, por lo menos irá alguien a la tumba, ya que sin familia y pocos amigos creo que no irá nadie más.....síiii, ya sé que usted está impedida y lo comprendo, no se preocupe.

Aloooo.....Hola Comadrita, sí, un poco nerviosa estoy, a la tarde me hospitalizo y mañana es el día, mi vecino me va a dejar y va a venir a alimentar a mis animalitos, bueno, que sea lo que Dios quiera...

¡Buenos días mi linda! Siiii, estoy contenta, ya en casa, y con buenas noticias, resulta que el tumor era benigno, figúrese la suerte!....todavía no me llega la hora....Los doctores me indicaron reposo, Ud. sabe cómo son, siempre exagerando, yo me levanto igual, y me dieron tantísimos remedios, que ni se si me los tomo todos....lo único es que hoy me he sentido media ahogada, como que me falta el.....ai r e

Alo....aloooo...Si..., soy yo, recién llamé, si correcto vivo al lado, ella hace poco está operada de un tumor cerebral y como es solita vine a dejarle almuerzo y la encontré así...muerta... fría..., con ese antiguo teléfono en el oído, como si hubiera estado hablando con alguien....claro que el aparato lleva años desconectado...



Relato.03

Vorágine

Nancy Hernández

Antes de irme a la cama miré el esplendor de un cielo araso y límpido, incitante y perturbador. Pensé en una noche de lujuria, de sexo desatado y sentí deseos irreprimibles de hacer el amor bajo la oscuridad reverberante en una noche para dos. Posé la cabeza en la almohada, apagué la luz y esperé que Alberto viniera a mi lado.

Era más de media noche, creo que me dormí esperándolo y pensando en un lugar solitario, tal vez una playa, un bosque o quizás una montaña muy alta desde donde pudiera ver y contemplar el mundo en toda su anchura.

Al rato, presentí su presencia y su abrazo atrayéndome a su cuerpo, pero ya era tarde, murmuré que estaba en un sueño y que quería soñarlo, entonces lo oí susurrante diciéndome que solo quería abrazarme. Me dormí, sintiendo su mano quieta y cálida en mi seno.

Divisé personas desde la altura de la montaña caminando de un lado a otro y haciendo señas con sus manos. Parecían asustadas.

Más allá vi una playa solitaria de gente, pero repleta de escombros desplegado por todas partes a lo largo de la costa. Pero no eran escombros comunes; había mesas, sillas, camas, autos pequeños y vehículos grandes volcados y atravesados provocando choques múltiples en calles y avenidas. El océano estaba brumoso y alborotado.

Una mujer arrodillada frente al mar lloraba sin consuelo. Yo me acerqué para consolarla. Creo que percibió mi presencia. Estaba desnuda de la cintura hacia arriba, vestía solo un calzón diminuto, le recomendé que se tapara.

-¡Y a voh que te importa que tenga las tetas al aire, soy puta y qué! ¿No te dai cuenta que la maldita ola se llevó a mi hombre, mi marinero? Valparaíso ahora tiene un puerto maldito...

De súbito miré otros entornos y habían pequeñas embarcaciones volcadas como si hubieran sido azotadas por una gran ola y lanzadas fuera del mar. Luego volví la vista hacia la mujer y ya no estaba en la arena, iba mar adentro, envuelta en una vorágine de aguas turbulentas... ¡Mierda, por qué no la ayudé! ¿Por qué no estuve ahí, por qué?

No, no puede ser, oye vuelve, vuelve aquí por favor...

-¡Sofía, despierta, está temblando, sal de la cama! ¡Sofía, sal de la cama, ven para acá mujer, por la cresta!

-¿Qué pasa, qué está sucediendo? Y ese ruido ¿qué es?...

Recuerdo que salté de la cama y a través de la ventana vi como el cielo se revolvía en su gruta y la luna se tornaba

de un color sangriento rojizo y que el espacio etéreo se agitaba. Entonces, por una fracción de segundos creí que seguía colgada de aquel sueño de turbulencias, llantos, quejidos y desgracias por todas partes. Pero no, era mi familia quien estaba desesperada en el marco de la puerta del dormitorio, al pie de la escalera del segundo piso llamándome a coro.

-¡Mamá, aléjate de la ventana! –recomendaba mi hija desde el extremo opuesto del dormitorio y quien abrazaba a su abuela porque se había descompensado y perdido el equilibrio notoriamente.

-¡Hija ven aquí, si hay que morir, que muramos todos juntos por Dios! -mi mamá llamándome angustiada en todos los tonos.

De pronto, Alberto me arrastró a donde estaban los demás.

Se oyeron ruidos estrepitosos surgidos como de las profundidades del inframundo o caído desde las alturas, sacudiendo la superficie terrestre y removiendo sus miserias. Sin duda, las estrellas, cometas, meteoritos y una legión completa de astros caían a pedazos por doquier, provocando un ruido estridente, chocando y estrellándolo todo a su paso. Hasta las sombras se convertían en un bullir eufórico y escandaloso. La materia inerte, liviana, esa que por consumismo poseemos los seres humanos, se estaba destruyendo dentro de mi casa.

Abracé a mi hija y a mi madre, y súbitamente, al unísono, acudimos a nuestro credo como único recurso de esperanza y bajo la opacidad oscura que nos consumía.

Transcurridos algunos minutos, Alberto nos propuso bajar sopesando el primer escalón de la escalera, cuya ondulación ya no era tan vertiginosa. Sin embargo mi madre, que estaba aterrada, se nos escapó de las manos dando tumbos escalera abajo, aunque yo le había advertido que se sentara para más seguridad, y así llegó, sentada y sin grandes rasguños.

Tanteando los pasos hacia el living, iluminamos los espacios por el leve y opaco resplandor de una vela.

Pensé en el sueño que había tenido, no entendía tanta coincidencia. Nos arrimamos Alberto, mi madre y yo en un sillón. Mis hijos por otro lado esperando a que se hiciera el día. Mi madre sentía frío y la arropé con lo que encontré a mano.

Me acurruqué a su cuerpo grande y varonil, y él me abrazó con ternura y pasión a la vez. Pensé en aquella mujer de la playa. Pensé en los amores, pasiones y deseos que quedaban inconclusos. Quise volver, quise reencontrar a aquella puta que lloraba con desgarró frente al mar. ¿Cómo decirle que yo también sufría ausencias y abandono?... Con mis senos desnudos rozando su piel iba provocando de a poco el despertar erótico y sexual de Alberto...



Relato.04

El trasplante de cabeza

Gloria Cordero Valle

Alberto se paró frente al espejo, no daba crédito a lo que sus ojos estaban observando al otro lado del espejo, un cuerpo juvenil y un rostro de un hombre de 70 años, 20 de los cuales habían sufrido una progresiva atrofia muscular, por lo cual había decidido someterse a una riesgosa operación que cambiaría su vida, un trasplante de cabeza, que se efectuaría en una clínica clandestina de La Dehesa.

Hacía un esfuerzo por revivir aquel momento, después de un año de observación. Sólo recordaba al joven suicida, en una camilla al lado de la suya, parecía descansando. La operación duró 18 horas. La técnica consiste en enfriar la cabeza y el cuerpo del donante para detener la muerte celular, mantener la espina dorsal del paciente conectada a la cabeza luego de separarla con un corte limpio, y unirla con la espina dorsal del cuerpo “receptor” utilizando un compuesto llamado poli etilenglicol.

Posteriormente, el cuerpo estaría en coma inducido durante varias semanas, tiempo durante el cual se espera que los músculos y los nervios crezcan y se conecten. Según Canavero, neurólogo pionero en estos experimentos, el paciente podrá girar su cabeza y hablar al

poco tiempo de la cirugía, pudiendo caminar luego de un año.

Aun así, expertos han afirmado que, de sobrevivir, es posible que en el futuro el paciente sufra algún tipo de parálisis.

El primer trasplante de cabeza fue realizado en 1970 en un mono, pero el animal fue incapaz de moverse ya que las médulas espinales no estaban conectadas, falleciendo a los ocho días.

Alberto era adicto a las redes sociales, lo que le había permitido contactarse con el neurocirujano italiano Sergio Canavero, quién había llevado a cabo operaciones con cadáveres y animales, y se habían considerado todo un éxito. Sin embargo, las autoridades en la materia dicen que es “técnicamente imposible y viola las leyes y regulaciones para el trasplante de órganos”.

Pero aun así hay voluntarios como él, que se someterán a dicha operación, asumiendo los riesgos, y dispuestos a pagar millones de dólares.

Estaba capturando sus recuerdos, cuando escucha ruidos que venían de la sala de operaciones, se asomó a la puerta de la habitación y se percató de una masiva escapatoria del equipo, tropezando con las camillas y dejando caer los instrumentos, la sangre manchaba las cerámicas blancas y pulcras, los cuerpos quedaron abandonados a su suerte. Mientras tanto el equipo seguía su loca carrera escaleras abajo sin volver la mirada atrás. Por instinto se sumó al grupo de fugitivos, pero se le enredaron las piernas y cayó,

desprendiéndose su cabeza, la que comenzó a rodar desde el quinto piso, en seguida vio pasar el cuerpo del suicida y sus cinco millones de dólares, que inexplicablemente desaparecieron ante su mirada aterradora.

El suicida, guiado por una poderosa y extraña conexión, corrió junto al grupo de fugitivos.

Tenía poco tiempo, sintió mucho miedo, pero nada podía hacer, y su nuevo cuerpo había escapado junto con los médicos norteamericanos, la muerte estaba cerca, esa extraña conexión con su nuevo cuerpo se desvanecía, y muy pronto pasarían a formar parte de los experimentos del apodado “Dr. Frankenstein”, que asegura que sólo la muerte lo puede detener en su afán por lograr el éxito de trasplantar una cabeza de un ser humano. A pesar de haber aceptado los riesgos, iban en contra de las enseñanzas que sus padres le habían dejado, aceptar los designios de Dios. Y ese riesgo era para Alberto en este momento, aún más grande, haberse rebelado contra él.

Sólo atinó a utilizar su último suspiro en usar aquella extraña conexión con su cuerpo juvenil y logró que llegara hasta su cabeza, y se sentara junto a ésta, eran ambos partes una aberración creada por el hombre que no tenían cabida en este mundo.



Relato.05

El Rito

Ingrid Del Canto

Arrastrando mi humanidad, ingresé al gran salón sin saber de la terapia que iba a realizar. Me dirigí allí por insistencia de una amiga, que al verme tan enferma, tomó hora de atención con una terapeuta, que según ella era fantástica. Yo, mujer católica y muy conservadora, acepté porque solo pensaba en mi sanación y en mi pequeño hijo.

Además le dije que no creía y tampoco tenía fe en que esa terapia resultaría en mi caso. Mi amiga que era de pocas palabras hizo caso omiso a mi acotación.

Ahora estaba allí, esperando mi turno para realizarme algo que desconocía, solo sabía que ingresaría a mi cuerpo la energía que tanto necesitaba. En esos momentos solo confíe y me entregué.

Mi problema comenzó hace un año con un decaimiento que me fue consumiendo poco a poco, quedando extremadamente delgada. Visité muchos médicos y realicé muchos exámenes, pero nada encontraban. En casa todo iba bien, lo que descartaría problemas emocionales.

Al subir a la camilla, dos personas amablemente me saludaron y con cálidas palabras me indujeron a una

relajación de todo mi cuerpo. Sentí que un calor iba pasando por cada una de mis células, cerré mis ojos, solo escuchaba esa voz tranquila que me inducía a una relajación y esa exquisita esencia a lavanda que circundaba el lugar, me atrapó en una somnolencia de inmediato.

Sentí la tibieza de unas manos y visualicé a un hombre de edad avanzada. No podía moverme, estaba en un estado de semi inconciencia; pero recordaba la entrada de la antiquísima Parroquia en donde se realizaba esta terapia. Por mi cuerpo recorría una especie de escalofrío al pensar en sus muros desnudos y más de algún santo curioso mirándome.

Comencé a sudar en forma poco habitual en mí, algo me incomodaba. Con esfuerzo abrí mis ojos y me vi rodeada de velas negras y una extraña Biblia que alguien susurraba en forma ininteligible. En vano traté de incorporarme, pero mi cuerpo estaba fusionado a la especie de camilla en donde estaba. Solo mi mente comenzó a pensar un torbellino de ideas que cada vez me asustaban más. ¿En dónde estaba?, ¿Por qué fui allí?, ¿Qué me estaban haciendo? Recordaba incluso que nadie sabía dónde estaba, solo mi amiga, ella podría ayudarme y grité con todas mis fuerzas:

-¡Mariaaanaaaa! Pero sentía que mi voz no se proyectaba...Mi cuerpo comenzó a temblar y mi corazón latía aceleradamente. Sentí que una mujer acariciaba mi cabello que caía cuan largo era por el borde de la camilla y yo no cesaba de llorar; mis lágrimas rodaban sin poder moverme.

Pasado un tiempo y al abrir nuevamente mis ojos, conversé con la terapeuta y pregunté asustada mirando hacia todas partes.

-¿Qué me hicieron? A lo que ella contestó con una enigmática sonrisa. Realizamos una Sanación especial para ti.

-¿Quién estuvo conmigo? ¿Y las velas negras dónde están?

Mi mente aún aturdida y confusa se atropellaba por saber. Comencé a sollozar y preguntar por mi amiga.

-Calma Angélica, ella tuvo que hacer, más tarde se contactará contigo. Te contaré de la sesión, fue realmente larga y compleja.

Yo aún asustada no daba mucho crédito a sus palabras.

-Lo que tú tenías era un mal, una especie de brujería que seguramente te hicieron a ti o a tu esposo pero que sin duda ha recaído en ti. Es por eso de tu estado tan delicado. Creo que viniste a tiempo.

Quedé impactada por lo que estaba escuchando, jamás habría imaginado algo así.

-Angélica, debes realizar algunos rituales que te ayudarán a contrarrestar el mal que te han hecho. Aquí está todo indicado, por favor sigue paso a paso la información sugerida y quisiera verte la próxima semana.

Salí algo mareada de aquella sesión, podría haber tomado colectivo al regreso, pero no, solo caminé, caminé, pensando en toda mi nueva experiencia. Camino a casa me di cuenta que todas las personas que pasaban a mi lado, tenían una deformidad en el rostro, lo que me hizo recodar aquel encapuchado de la sesión. Apuré mi caminata tratando de no pensar más. Lo importante era que me sentía mejor; pero sin duda quedé atónita de aquel Ritual.



Relato.06

Rumbo a Loma Verde

Washington Aedo Sandoval

Los rayos del sol de invierno se filtraban débilmente entre las nubes. Por el estrecho pasaje de muros pintarrajeados, caminaba un anciano con pasos cortos y vacilantes. La gente de ese sector de la población lo conocía por Don Floro. Su figura era familiar para chicos y grandes: delgado, algo encorvado, de nariz prominente y rojiza. Su mirada y la expresión de su cara producían la sensación de ser una persona amable y bondadosa. En ese momento se dirigía hacia la plaza que consistía en un par de asientos de cemento, unos manchones de césped y una multicancha que nadie usaba. Uno de los asientos estaba ocupado por dos hombres de mediana edad, cesantes de profesión y que siempre olían a alcohol. Cuando lo vieron, intercambiaron sonrisas burlonas

-¡Hola Don Floro! ¿Y cuándo se va pa' Laguna Verde?- Le preguntó, uno de ellos.

-Se equivoca amigo, se llama Loma Verde y lo estoy pensando.

Contestó Don Floro con suavidad.

La pregunta estaba hecha con ánimo de bromear, porque se sabía que el anciano se estaba volviendo cada vez más monotemático, mientras más lo atenazaban los problemas, más se obsesionaba en recordar su infancia y adolescencia vividas en el campo. Se habían convertido en su principal tema de conversación. Tenía la tendencia a idealizar esa etapa de su vida olvidando los problemas que lo hicieron emigrar a la capital, por ejemplo, el fantasma del hambre que pugnaba por materializarse.

En la gran ciudad encontró trabajo en una empresa textil. Empezó haciendo el aseo y llegó a maquinista. La empresa quebró y él decía que fue a causa de los chinos y de la globalización aunque no entendía mucho este último concepto, en todo caso, este era el segundo tema que relataba una y otra vez a quien tuviera la paciencia de escucharlo.

Irse a Loma Verde, sí que lo estaba pensando, desde que escuchó la conversación entre su hijo menor y su nuera con quienes compartía su casa.

-Tenemos que internarlo, cualquier día se va a perder y tú sabes lo difícil que es mantenerlo en casa, está enfermo, se le olvida todo y además los niños están creciendo y nos hace falta otra pieza -Decía la mujer.

-Pero es mi padre y la casa está a su nombre -Su hijo le respondió sin mucha convicción.

Don floró nunca había tenido buena relación con su nuera, pero pensó que ésta tenía razón. La memoria le estaba fallando. Empezó con cosas simples: encontrar la llave que correspondía, olvidar donde dejaba las herramientas, no saber

en qué día estaba, olvidar las palabras para completar las frases. Lo último que le pasó fue no saber llegar al banco donde cobraba su pensión todos los meses.

Don Floro tenía algunas referencias de los hogares de ancianos y no tenía el menor deseo que lo encerraran en uno de ellos y finalmente un día decidió que era hora de partir y lógicamente, rumbo a Loma Verde, su lugar de origen. Esa noche se acostó tarde. Sin decirle nada a nadie, guardó algunas cosas en un bolso. Encontró una foto donde salía su fallecida esposa con sus hijos pequeños y también la metió en el bolso. Contó el escaso dinero que mantenía en una caja, por si ocurría algún imprevisto. Constató que no aumentaba y por el contrario, disminuía, gracias a la acción de su nieto preferido.

En la mañana siguiente, todavía oscuro, salió silenciosamente de su casa. Se dirigió al paradero de la locomoción colectiva, despidiéndose mentalmente de la población que ahora se llamaba villa, él no sabía por qué.

Tomó locomoción en dirección a Estación Central. Conocía el sector y sabía que cerca de la estación estaba el terminal de buses interprovinciales que pasaban por San Fernando y desde ahí debía tomar locomoción hacia Loma Verde. Ese era su trayecto. Trató de fijarlo en su mente. Hasta el momento su memoria lo había acompañado y dió gracias por ello.

Llegó al terminal, sin dificultades. Se sintió algo perdido debido al incesante movimiento de personas. Se distrajo y por momentos no supo qué hacía en medio de esa gente, se sentó junto a otras personas que esperaban y trató de recapacitar, estas personas están viajando, pensó, y yo también. La claridad llegó a su mente.- Tengo que comprar un pasaje a San

Fernando-Se dijo y comenzó a buscar donde adquirirlo. Al fin ubicó la ventanilla precisa, sin darse cuenta que alguien lo observaba. Este era un joven delgado enfundado en un buzo de polar. Cuando Don Floro distinguió el valor del pasaje y comenzó a mirar el dinero que tenía en su billetera, se le acercó el joven y llevándolo a un lado, trató de convencerlo sobre un nuevo terminal con buses al sur y cuyos pasajes estaban más baratos, debido a la competencia. Don floró objetó que debía estar a medio día en San Fernando para tener tiempo de tomar el microbús a Loma Verde. El joven argumentó.

-No se preocupe tata, los horarios del nuevo terminal son iguales que acá, venga yo lo acompañó, está cerca y así se ahorra unos pesos- y el anciano lo siguió.

Al dar vuelta una esquina, el amable guía le arrebató la billetera y escapó, desapareciendo en segundos. Don floró trató de rehacerse. Se recriminó a si mismo por ser tan confiado. Dudó unos momentos, y como sabía que si seguía una determinada dirección, se toparía con la carretera al sur, hacia allá encaminó sus pasos.

La fría mañana invernal estaba avanzada cuando Don Floro arribó a la carretera. Pensó que si lograba que lo llevara un camión, tal vez, alcanzaba hacer la combinación para Loma Verde, pero los camiones y otros vehículos pasaban raudos, indiferentes a sus señas. Llegó la media tarde. El cielo se había cubierto completamente de nubes. El anciano caminaba y descansaba a ratos. Se esforzaba por recordar hacia donde se dirigía. Venía un camión y maquinalmente lo hizo parar, para su sorpresa, el camión paró. Un chofer de rostro sonriente y

sanguíneo, le preguntó hacia donde iba. Don floró le contestó y el chofer le dijo:

-Paso por ahí ¡suba!

El hombre al volante resultó ser un conversador infatigable. Narraba historias de su vida de camionero, especialmente las amorosas, las cuales describía sin tapujos, mientras hacía guiños de complicidad a don Floro y estallaba en risas convulsivas. El anciano sonreía y contestaba con monosílabos, mientras su atención estaba puesta en los campos con sembrados y plantaciones que desfilaban ante sus ojos. A veces miraba las nubes negras y amenazantes que tapizaban el cielo. El vehículo avanzaba y el chofer hablaba y Don Floro comenzó a preguntarse qué hacía en ese camión y quién era ese conductor parlanchín, iba a preguntarle cuando arribaron a San Fernando.

-Aquí lo dejo. Le dijo el sonriente chofer y se alejó.

Anocheecía. Las luces de la ciudad comenzaban a encenderse y las primeras gotas de una helada llovizna empezaron a caer. Don Floro sabía que a esa hora ya no había locomoción para Loma Verde. Luego al divisar el nombre de la calle, donde había parado el camión, recordó que por ella se llegaba al camino que conducía a Loma Verde y se puso a andar en esa dirección. Cuando llegó se sorprendió que el camino estuviera pavimentado y con luz eléctrica. Comenzó a hacer señas a los escasos vehículos que salían de la ciudad. Como de costumbre hacían caso omiso de sus gestos. De pronto vio que un vehículo se acercaba lenta y ruidosamente. Cuando el anciano lo hizo parar, no se detuvo, si no que hasta un poco más allá, como si el chofer hubiera recapacitado. El vehículo en

cuestión era una desvencijada camioneta y el conductor hacía juego con ella. Tenía el cabello hirsuto y una barba incipiente y entrecana.

-¿Hacia dónde va Don? Preguntó el chofer

-A loma Verde. Contestó Don Floro

-Yo voy a las parcelas, si quiere lo dejo en el cruce.

Don floró accedió y al subir, el hombre le dijo – tarde se le hizo Don- El anciano le explicó de donde venía y trató de entablar conversación, pero el chofer apenas le contestaba. Le pareció a Don Floro que estaba más preocupado que el armatoste siguiera caminando y guardó silencio. Al llegar al cruce, el chofer se detuvo.

-¿Tiene celular Don? Preguntó el hombre.

-Sí, si tengo. Farfulló Don Floro.

-Llame para que lo vengán a buscar, el tiempo está muy malo. ¡Cúídesel!. Replicó el hombre y la camioneta partió.

Don floró extrajo desde sus ropas un celular con “teclas” como decían sus nietos. Pero estaba descargado y en ese momento cayó en la cuenta que no tenía a quien llamar. Sus padres habían muerto muchos años atrás y también sus hermanos. No estaba seguro si quedaba algún familiar o algún amigo que lo recordara.

La llovizna comenzó a mezclarse con nieve. El camino que debía seguir estaba oscuro y era empinado. No había casas por los alrededores.- Pero esta es la Loma Verde y al otro lado está

el pueblo donde me crie -se dijo a sí mismo y emprendió la subida.

Al otro día una fina capa de nieve uniformaba de blanco los campos. El sol comenzaba a subir por un cielo limpio y de un azul prístino. Viniendo de Loma Verde una camioneta ascendía lentamente la cuesta, en ella viajaban padre e hijo.

-Mira papá, el bulto negro en la cuneta, parece un hombre. Señaló el hijo.

-Para y anda a ver. Replicó el padre.

El hijo se bajó del vehículo y se dirigió hacia la cuneta.

-Si es un hombre...un anciano, está muerto, pero ¡qué extraño!- expresó el hijo

-¿qué tiene de extraño – preguntó el padre.

-Parece estar sonriendo- dijo el hijo.



Relato.07

Cenizas

Elizabeth Carriço Catalán

Siempre me atrajeron los lugares vedados para los niños. Sabía que ahí se escondían los mejores misterios y aventuras por descubrir. Cada ventanuco, puerta cerrada, roperos y toda clase de muebles con llave, todo servía para mis juegos infantiles. Adoraba hurgar revistas, cuadernos viejos, fotos de preferencia añejas, descubrir todo lo que existía... y lo que no.

Al cumplir los once años, mi madre separada con tres hijas nos llevó a vivir en la gran casa de una tía en Tobalaba. Allí hice mi descubrimiento mejor. Entre muchos cachureos de entretecho, como lámparas, cajas varias con embalajes diversos, un destartelado maniquí de la tía modista y otras menudencias por el estilo, estaba un triste mueble arrumbado, lleno de polvo y telarañas. Deslicé mi mano curiosa por el vidrio opaco y sucio, lo limpié con saliva y la orilla de mi vestido. Era como descorrer una pesada cortina de polvo y tiempo. Había descubierto un tesoro invaluable en esa soledad polvorienta. El mueble era de madera de abedul, de un hermoso tono anaranjado y ¡estaba lleno de libros!

Pregunté por la biblioteca del entretecho y ahí supe que el hallazgo de mis amados libros, venía de la mano con una oscura y trágica historia.

Cuando apenas andaba por el año de vida, un par de tíos, (que en realidad eran primos en tercer grado) que vivían en la gran casa de Tobalaba, fueron causantes de una verdadera teleserie cebollera y funesta. Los dos hermanos eran muy diferentes entre ellos; uno sencillo y trabajador, fuerte y compacto, de mediana estatura, nervioso y tartamudo. Trabajaba en un taller mecánico porque amaba los fierros. Estaba casado con una bella mujer y tenían tres niñas. El otro muy culto, delgado, soltero y amante de los libros. Por cosas inexplicables, la linda mujer se enredó con el cuñado y ardió Troya. Una tarde el engañado regresó más temprano a casa y atrapó a los infieles acostados dando rienda suelta a su amor clandestino. Furioso agarró al hermano traicionero a puñetazos y tuvieron que quitárselo para que no se convirtiera en un Caín y sumarle a los terribles hechos un parricidio. Lleno de rabia y dolor, tomó sus cosas y se fue lejos. El otro también se marchó, llevándose una tremenda golpiza, mujer e hijas ajenas. Doble traición, doble dolor, doble desgracia. Ambos se juraron odio eterno, que mantuvieron hasta el final de sus días.

Con esta tragedia “heredé” por así decirlo, la pequeña biblioteca del tío traidor, que era un mueble mediano para copas y que él había utilizado para llenarlo de libros que mantenía con llave y atesoraba con pasión.

A nadie pareció interesarle la biblioteca, que permaneció olvidada todos esos años en el ático del segundo piso, como cautiva de una antigua y dolorosa batalla.

-Quiero abrir la biblioteca que encontré en el entretecho... -dije a la familia una tarde.

-¡Niña, ni se te ocurra meterte en cosas ajenas! ¡Está prohibido! –me contestaron ceñudos.

-Pero ¿por qué? No voy a romper nada, sólo necesito la llave y nadie sabrá que lo abrí – comenté suplicante.

-Es un mueble lleno de malas vibraciones, de maldad, igual a su dueño –dijeron con cara sombría por los malos recuerdos.

-¡Ve a jugar a otra parte será mejor! –me instaron un tanto enojados.

-¿En dónde está la llave? –pregunté asomando la cabeza, luego de haber salido.

-¡¡¡Pero... no te dijimos que te fueras a jugar a otro lado niña!!! –exclamó un tío enojado.

-Pero... ¡le podemos tirar agua bendita de la misa del domingo y espantar los demonios escondidos entre los libros! y así podría abrirla sin temores –sugerí inocente y burlona. Luego salí corriendo, porque una de las tías con cara de haber oído una blasfemia, agarró una correa y me persiguió por un rato, hasta que desaparecí de su vista.

De la llave, realmente nadie sabía. Imaginé millones de alternativas de escondites para el dichoso objeto perdido, pero en ninguna parte estaba. Después pensé que quizás el tío traidor, se la había llevado para evitar cualquier intromisión en sus cosas por parte de la parentela enojada. Pero la falta de la llave no iba a ser impedimento para una mente sobrepasada de imaginación. Por lo que comencé haciendo palanca con un palo, para ir sacando los libros de a uno por el ángulo inferior que formaba la forzada puerta. Dejando paso al menos para un libro a la vez.

Miré con cuidado para ver si salía algún ser maléfico escondido en la biblioteca llena de malas vibraciones y maldiciones, pero nada salió de allí, ni siquiera alguna risotada maligna, o humo negro, o viejas polillas, nada, sólo algo de polvo y una que otra hadita invisible, de esas que se esconden entre las hojas olorosas y añosas de los libros demasiado antiguos.

Con gran dificultad -y eso me gustaba mucho, porque cada libro era un reto ganado, porque no era fácil sacar los ejemplares más escondidos con un palo. La literatura universal fue paseando por mis manos. Emilio Salgari y todas sus aventuras fantásticas y épicas, como Sandokan, Los piratas de la Malasia y muchos más. Una suerte de Tarzán adolescente llamado Bomba, que me llevó por la selva saltando con lianas y luchando codo a codo contra animales salvajes que acechaban en esos libros amarillos de tapa dura. Lloré con Mujercitas, reí con Tom Sawyer, adoré Jack y Gil, admiré a Julio Verne y la maravilla de su visión. Algunos que no alcancé a atrapar porque quedaron demasiado escondidos entre los demás, pero me grabé sus

nombres, como De la tierra a la luna, que se me escapó tres veces, y La vuelta al mundo en ochenta días, que se enredó tras la Biografía de Mark Twain y tantos y tantos libros que me sumergieron en fantásticos mundos, que aún perduran en mi memoria. Como el particular aroma a papel y tinta que me lleva a las páginas en las que tantas veces me regocijé. Algunos ejemplares eran absolutamente nuevos, con las páginas pegadas, de papel amarillento y grueso, que yo misma abría hoja por hoja, con inmensa curiosidad, con la avidez de quien descubre la vida expuesta en mil universos.

Un día atrapé un gran tomo de Fedor Dostoievsky, “Crimen y castigo”. Era una lectura algo pesada para mi edad, pero me atraían las cosas oscuras y sórdidas, como Drácula, que me asustó y gustó al mismo tiempo.

Devoré en poco tiempo el tremendo tomo de la novela, “Crimen y castigo” sólo me faltaban dos capítulos para terminarlo, cuando ocurrió lo impensable. Uno de los tíos de la antigua tragedia familiar, ocurrida hace más de diez años, estaba de visita. Era el tío traicionado. Había encontrado una buena mujer en una edad ya madura y era feliz, vivía en Los Andes y venía a reencontrarse con los parientes.

Tomé el libro y lo devolví a su lugar, mientras duraba la visita, luego lo terminaría.

Comieron y bebieron. Todos estaban contentos, hasta que alguien sin mala intención, mencionó la biblioteca que yacía en el ático y que estaba esperando que su hermano viniera por ella. Los ojos del tío se inyectaron de antiguo

rencor, se le crisparon los dedos, su rostro se tornó amoratado y fue un verdadero volcán en erupción abrupta y furiosa, con lava iracunda corriendo desbocada, llenando cada rincón, abrasando los nefastos recuerdos de una vil traición. Corrió desbocado por las escaleras, mientras trataban de calmarlo. Nada lo apaciguó. El alcohol le dio un empuje de odio y fuerza. Arrastró el antiguo mueble escaleras abajo, dando tumbos y saltándole los vidrios, golpeando las paredes, maldiciendo cada paso desesperado. Llevó el desencajado mueble al patio y ante los ojos atónitos de toda la familia... le roció parafina y con una risa nerviosa y enajenada, le prendió fuego.

Sentí que gritaba de rabia y desesperación, pero nadie me escuchaba, todos estaban centrados en el trastornado sujeto, convertido en un despiadado pirómano, en un demente Nerón.

Alancé a divisar pequeñas llamaradas azules y amarillas, que crepitaban huyendo al cielo. Eran las translúcidas haditas libreras que huían espantadas, como chispitas angustiadas... igual que yo.

Cuando las cenizas llenaron el ambiente, mis ojos nublados de lágrimas vieron los libros uno a uno desintegrarse en el fuego, vi “Crimen y castigo” crepitando entre las llamas para luego diluirse en el aire. Maldije al tío traicionado y le deseé todos los males del mundo.

Tuvo que pasar algún tiempo para saber que había sido de Rodión Romanovich Raskolnikov, el protagonista de mi última novela, “Crimen y castigo”. Porque en ese tiempo,

a comienzos de los años setenta, no había celulares, ni Tablet, ni computadores, ni Netflix, ni Kindle, ni nada parecido, para poder ver o leer el final. Sólo quedaba ir a alguna biblioteca y pedir el libro, esperando que estuviera, de lo contrario sólo había que esperar y esperar.

No sabía si el protagonista había pagado por el homicidio, o simplemente lo habían absuelto. Yo le había perdonado el crimen de la vieja y su ayudante, claro que yo estaba un poco enamorada del protagonista y mi juicio estaba nublado... Como el tío desgraciado, que no encontró nada mejor que quemar el pasado, representado en “mi querida biblioteca”, que fue convertida en ceniza y carbón, cual ofrenda inocente a un vengativo Dios.

En mi interior la culpa de todo era de los tíos de mi familia y su infidelidad. Era una extraña mezcla de tragedias en mi mente casi juvenil. Por suerte había una segunda parte de la novela. Aún tenía esperanzas para mi Rodión. No todo se había perdido en el sacrificio de la hoguera.

Cuando supe de este triángulo amoroso, típico de teleseries, me puse del bando del tío cornudo, al que todos compadecían en la familia, pero después del incidente incendiario y de toda la lectura que llenaba mi cabeza, fui comprendiendo al tío traidor, hasta le tuve lástima por la absoluta incompreensión que recibió desde el principio. De maldito rompe hogares, pasó a ser para mí, una especie de héroe intelectual al que sólo yo admiraba y defendía en las discusiones moralistas, que de tanto en tanto suscitaba su recuerdo.

Imaginaba a los amantes mirándose furtivamente, rozándose con disimulo, tocándose la punta de los dedos... mientras rodeaban la biblioteca, que los amparaba, quizás fingiendo buscar un libro, y totalmente imbuida por el romanticismo, lo comprendí y lo admiré con una sonrisa tímida y los ojos húmedos de emoción.

El fuego destructor y purificador, fue una catarsis para el tío traicionado. Su furia acumulada y sus palabras atropelladas se fueron enredadas en las cenizas inocentes. Yo algo rencorosa, a veces agito los tizones que sueltan algunas chispas cuando remuevo la lejana hoguera, que ardió junto con mi joven corazón.



Relato.08

Algunas urgencias

Abelardo Abumada Varas

Viernes, 23, 00 horas.

Con pijama dispuesto a dormir. Siento náuseas repentinas y ganas de vomitar. En el water elimino lo comido en las últimas veinticuatro horas. Descanso de ese evento cuando vuelvo a sentir náuseas y un extraño sabor en la boca. Viene algo explosivo que llena mi boca, corro al baño y comienzo a expulsar chorros de sangre negra, detrás de cada arcada otra salida más abundante que la anterior. ¡Mierda mierda! ¡Por la cresta! ¡Qué es esta weá! Sorprendido, horrorizado, sin embargo con la racionalidad que tanto me critican no me permito entrar en pánico. Acaso es la adrenalina la que me da lucidez para examinar la situación y actuar rápido. Pido que me lleven al Servicio de Salud más cercano, esto de la sangre huele a algo grave. Me visto con ropas de calle, ordeno documentos y dineros, en el camino explico en detalle lo sucedido.

Sábado, 00,30 horas a.m. Posta de urgencias un Servicio Público.

Como hombre de setenta años, después de media hora de espera tengo el privilegio de ser conducido a una antesala donde aguardo cuarenta y cinco minutos hasta ser atendido por un médico, quién después de preguntas y chequeo resuelve que debo quedar hospitalizado, que necesito una endoscopia para que vean el problema, ordena que me pongan suero y un monitor de presión. Derivado a otra sala de espera con muchos enfermos veo personas de diferentes edades y con variadas dolencias cada una más grave que la otra, sentadas o de pie, emulan la paciencia de Job esperan atención más precisa para sus males. En ocho cubículos dieciséis camillas ocupadas. Cantidad similar de enfermos y enfermas yacen en camillas ubicadas en los pasillos. Imagino estar en un campo de heridos de guerra: escucho lamentos tras lamentos; una anciana con Alzheimer vaga por las salas llamando a un hijo que la abandonó; algunos enfermos impacientes se dirigen a los funcionarios con epítetos de grueso calibre. Donde las madres de cada uno quedan muy lejos de la imagen idealizada reclamando una atención que no les llega. Sin duda es un lugar de dolores. Contemplo un panorama poco alentador. Quiero pensar en positivo, asumo que más bien somos seres heridos por la vida; que la fragilidad de la existencia humana nos está pasando la cuenta. Observo que el personal tiene un trato amable, responden las preguntas de los enfermos y explican en detalle la situación en la que cada uno se encuentra. No veo médicos que se crean divos o divas que no pisan el suelo y no se dignan responder a los

pacientes, sino profesionales de trato sencillo y cordial. El único problema con la atención es que son pocos y están sobrepasados por la cantidad de enfermos. Para mi suerte no experimento dolor, busco distanciarme de mi situación conversando con los enfermos a cada lado de mi asiento. Constató que todos queremos salir de esta especie de Purgatorio. Esperamos que aparezca él especialista que vendrá a dar la orden de examen, operación, medicamentos adecuados o la solución que corresponda acompañada de la orden de trasladado a una sala en el Hospital. Pienso que cuando ocurra será como la partida al Edén. Camino seguro a la recuperación. Contemplamos ansiosos las apariciones de un médico tras otro y nos preguntamos:

¿Será éste el que nos traerá la solución?

Sábado, Posta de urgencias. 5,00 horas a.m.

Sigo sentado esperando, lúcido, expectante. Se desocupa una camilla ubicada en uno de los pasillos. Ahora estoy acostado en un pasadizo, rodeado de enfermos sentados en sillas o de pié, varios de ellos desnudos, diferente sexo y edades, sólo cubiertos con batas de papel transparente que por pudor los hace pegarse a la pared, cada uno con gesto de dolores imposibles, entre ellos un alto muchacho de color chocolate que se retuerce y mira aterrado a su alrededor, símbolo de la impotencia y el abandono, está enfermo en un país extranjero, solo y con un destino incierto. El dolor físico es algo inútil, nadie debería sufrirlo. Debe ser erradicado de la humanidad. Pasan funcionarios, una pareja se instala a conversar, otra habla

cosas personales por celular, los demás yendo y viniendo, riendo, a veces cantando cual paseo peatonal. Imagino que tales conductas corresponden a una forma de mantener el equilibrio mental en medio de tanta situación límite.

Sábado, Posta de urgencias: 6,00 horas a.m.

Vuelvo a sentir náuseas, me las arreglo para ir al baño donde vomito otros cinco abundantes chorros de sangre. Al salir llamo a un médico y le muestro lo expulsado. Me escucha, observa la sangre negra con atención, pone cara de circunstancias y comenta. Sí, de verdad que usted necesita una endoscopia. Regreso a la camilla con el suero a cuestas y a esperar la reconexión del monitor. Cada dos horas llegan a tomar lecturas de los aparatos y pincharme la yema de uno u otro dedo para medir el azúcar de mi sangre. Litros de suero corren por mis venas, me quita la sed y hambre. Pasan las horas. Con voluntarismo me propongo no pensar en mi situación ni en las muchas ideas que me avasallan haciendo interrogarme por las causas que me trajeron a este lugar.

Sábado, Posta de urgencias: 11,00 horas. a.m.

Desde mi hogar traen sábanas, frazada, pijama y artículos de aseo.

Sábado, Posta de urgencias: 15,00 horas.

Insomne, agotado, con la boca seca, no puedo tomar agua y la sangre se ha secado hasta en la garganta. Con

más gestos que palabras pregunto a un médico. Doctor. ¿Cuándo me van a realizar la endoscopia? ¿Por qué lo pregunta? Enfático: ¡Porque siento que mi estómago está lleno de sangre y mi boca es un pozo de sequedad a punto de refrescarse con sangre nueva. ¿Cómo es el sabor que siente? ¿No sé pues doctor, sólo sé que es igual a la vez anterior. Con mirada profunda y un tono de voz cargado de comprensión al tiempo que relativizando mis malestares explica que se deben juntar al menos cinco personas con necesidad de este examen para que venga el especialista, porque nunca viene por un solo paciente. También me da ánimo al señalar que a pesar de todo se me ve bien, no como esos enfermos del mismo pasillo, quiénes de pie o sentados hace varias horas que esperan ser operados de apéndice y están con dolores que ellos no pueden calmar. Con tranquilidad parte hacia otros quehaceres.

En mi interior siento que se rompen todas las seguridades que había fabricado. Pienso que puedo morir de una hemorragia interna mientras se juntan cinco enfermos necesitados de endoscopia. Mi corazón se acelera y tengo sucesivas taquicardias. Me invade el temor, vivo un tiempo inacabable de angustia. Pienso en la posibilidad de mi muerte. Me duelo por mí mismo. Recuerdo otros momentos en que he estado grave. La conciencia y racionalidad ya no me sirve. Siento arrebatos de rabia y de coraje, maldigo la situación en la que estoy. Quiero salir de este lugar donde todos parecemos penar bajo el influjo de un mismo karma. Es como estar en una isla desierta donde el destino nos ha relegado para que

retribuyamos con sufrimiento el pago de quizás qué culpas ancestrales.

Ganas incontrolables de salir, arrancar, correr por las calles no importa que esté en pijama y a pié pelado. ¡A duras penas logro controlarme! Inspiro y expiro lentamente. Muy largo proceso para llegar a pensar que lo que tenga que ser será. No puedo hacer nada más.

Sábado, Posta de urgencias: 19,00 horas p.m.

Conducido a una lejana, impecable y solitaria sala de endoscopia. El equipo consta de tres profesionales y un observador. Mientras uno me pone una especie de embudo en la boca y lo amarra a mi nuca - veo este acto como símbolo de una realidad que me supera, porque mi conciencia será acallada y mi cuerpo intervenido - otro médico se dispone a inyectarme suero para dormir. El médico que va a realizar el examen interrumpe el proceso y comienza a decirme que durante la endoscopia me dará una serie de órdenes que debo obedecer. Sorprendido por lo que me parece absurdo saco el embudo de mi boca para preguntar que cómo voy a responder desde mi subconsciente y con la boca llena de mangueras. Quiero agregar algo... pero vuelven a poner el embudo y hasta ahí recuerdo.

Caigo en una inconsciencia de la que despierto en el mismo pasillo de la Posta mientras me limpian con toallas húmedas la cara y el cuello cubiertos con sangre. Comentan que mi rostro al salir del pabellón era una máscara de sangre seca, que todos creían que era un

atropellado al que debían hacer cirugía reparadora. Tal cirugía no me vendría nada de mal dado que cuento con algunas arrugas.

Epicrisis: *estómago con apertura de 12 milímetros, extraídos 1500 centilitros cúbicos de sangre, herida cerrada con corchetes y taponada con gel. Esperar tres días antes de tomar líquido. Cuarto y quinto día comer sólo papillas y jaleas. Seguimiento a reacción del estómago.*

